RESEÑAS

Martin Heidegger, *Estancias*, 2008, Valencia, Pre-textos, trad. de Isidoro Reguera, nota a ed. alemana de Luisa Michaelsen, 69 pp.

RECEPCIÓN: 7 de junio de 2012.

ACEPTACIÓN: 27 de julio de 2012.

“Mis sueños son mediocres. Como todos los habitantes de Europa occidental, quiero *viajar*. Bueno, hay que tener en cuenta las dificultades, la barrera del idioma, la mala organización de los transportes de grupo, los peligros de volar y de que a uno lo estafen; para decirlo en plata, en el fondo lo que yo quiero es hacer *turismo*. Cada cual tiene los sueños de los que es capaz”.

Esta apática reflexión del protagonista de *Plataforma*, una novela de Michel Houellebecq, contrasta de forma inmejorable con la trama de *Estancias*, tanto por la honestidad del testimonio, como por la descripción general de una forma nueva de vender la administración del tiempo libre. Pero funciona aún mejor porque una estancia será entonces la posible respuesta a la pregunta del poeta que guía a Heidegger en su viaje: *¿y dónde resuena el gran destino?*

Lo primero que llamó mi atención fue la delicadeza, no exenta de seriedad, del autor: describe cómo hacen turismo los otros, sin juicio, sin hacer alardes inútiles de su condición de viajero; ni desprecia ni ridiculiza a los demás por la diferencia sustantiva entre estas dos mediaciones que permiten acceder a una desconocida y nueva realidad. Como lector, sin duda se agradece el ahorro de una autocomplacencia estéril, desbordante de bilis, de algunos relatos que distraen a sus autores del sencillo propósito de narrar un viaje —no una estancia: lo sorprendente de la pura presencia.

Aufenthalte, plural de *Auf-ent-halt*, es el lugar donde uno se detiene, un sitio en donde estar; en castellano, estancia, “estança donde alguno está: *mansio*”, dice Nebrija. Tal vez de *ergasterium*, indica Corominas, “estan-

cia para obrar”. De ello va en búsqueda el autor, de la experiencia del lugar original:

¿Cómo encontrar ese ámbito de esperanza? ¿Sólo buscándolo, en vez de elucubrar cosas inútiles? ¿Qué nos hace la seña en el ámbito buscado? Está detrás de nosotros, no delante de nosotros. Se necesita una mirada retrospectiva respecto a aquello de lo que conservamos una memoria antiquísima, pero que permanece desfigurado por cuanto creemos saber y poseer. [...] ¿Encontraremos el ámbito que buscamos? ¿Se nos brindará su hallazgo si visitamos el país que aún perdura de los griegos, al saludar su tierra, su cielo, su mar y sus islas, los templos abandonados y teatros sagrados?

Heidegger emprende el camino hacia Grecia, el país de los dioses huidos. Este viaje tan deseado, y también tan temido, llega en la primavera de 1962 como regalo de su mujer Elfriede, de quien, por cierto, son las tres acuarelas reproducidas (Patmos, Lesbos, Egina Oros) que ilustran la edición. No soy un admirador, ni siquiera un lector de Heidegger; pero los libros —los he visto— nos acechan, nos van cazando y aprovechan el menor comentario en su favor para colgarse de nuestras manos: de pronto, son ya necesidad, urgencia. De hecho, el filósofo alemán no me resultaba simpático en absoluto, quizá más por sus devotos seguidores que por él; o tal vez porque, cuando he tenido que leerlo, su lenguaje oscuro, incomprensible y pedante no llega a transformarse, creo, en sus tan buscadas claridad, inteligibilidad y sencillez.

Justo lo contrario que esta pequeña obra.

Hay que decirlo: el texto consta de 39 páginas solamente, y por ello es doblemente paladeable: “lo bueno, si breve, dos veces bueno” decía Gracián. En Venecia, “extraño preludio” que subsiste sin vigor para señalar nuevos caminos, embarca con su mecenas particular en el *Jugoslavija*. En Corfú ya se pregunta si será el país de los feacios; Ítaca, como patria de Ulises, prometía lo griego, pero “en lugar de ello, me encontré con algo oriental, bizantino”. Arribarán al Altis (bosque sagrado, recinto), en la región de Élide, en donde “el valle amplio, casi dulce, del Alfeo sólo como por una coacción inexplicable pudo conciliarse con la disposición y dureza agonal de la idiosincracia griega”; en una mañana despejada recorre los templos dedicados a Hera y a Zeus, el estadio y el campo de los juegos. Y aquí Heidegger plantea un hermoso juego de espejos, pues “¿qué sería todo ello si el canto que los celebra, sin la palabra que, por su sonido oscilantemente ensamblado, es la que de ver-

RESEÑAS

dad desvela y oculta lo allí sucedido? ¿Que sería todo ello si no hablara el lenguaje del poeta?” Está pensando en Píndaro, quien cantó los juegos olímpicos y píticos, los ístmicos y nemeos: por su palabra se hizo *conscientemente* inmortal. Los atletas pasaron, el príncipe de la lírica griega no. Pero, al referirse a él, ¿alude Heidegger a sí mismo? Quizá sus sueños no son mediocres: “Grecia sigue siendo el sueño, y todo nuevo arranque del pensar vive en ella”; como Píndaro las justas atléticas, él canta la Grecia sida.

“¿Proporcionó Olimpia la experiencia buscada de lo propio del mundo griego? Sí y no”. Lo griego quedó a la espera y la travesía nocturna a través del golfo de Corinto dirigió el barco al puerto. Visitaría Micenas.

Y también irá a Creta y a Rodas, la isla de las flores; pasará el día en diálogo con Heráclito, sin visitar ni Lindos ni Patmos ni Cos. Hasta que llega a Delos: “Δῆλος se llama la isla: la manifiesta, la que luce, la que congrega todo en su apertura, la que por su lucir oculta todo en un presente”. Atraviesa el Egeo, y visita después Atenas, Egina y Delfos, para volver a Venecia. Tiempo después dedicará estos apuntes a su Elfriede, “como un gesto del obsequiado”.

Resulta evidente que la traducción está hecha con esmero y cariño, más por el castellano que por el alemán, tal es el cuidado que deja traslucir Isidoro Reguera. Luisa Michaelson, en su nota a la edición alemana, aclara que la publicación de las estancias en Grecia es un homenaje a Heidegger en el centenario de su nacimiento. Quizá lo único que resulta poco feliz de la edición es cierto descuido en la ortografía de las citas en griego; sin embargo, puede ser que esté así en el original.

Finalmente, si el filósofo encontró la unicidad de desocultamiento y ocultamiento; si halló el ámbito, “lo abierto, que se ofrece a sí mismo, que alcanza, delimita y libera todo”; si pudo contemplar, contento –completo– el hogar del resplandor que ilumina todo y luce a través de todo, que proporciona las medidas y las rehúsa, el fogón de lo presente; si el viaje se convirtió en estancia, en permanencia clarificada en aquello que es la Ἀλήθεια, y consiguió experimentar quizá lo que significa ese cosmos determinado por ella, que pudo despertar un modo de decir que consiguiera introducirse en la contextura del poetizar y pensar griegos, no lo diré.

En cambio, puedo añadir, para entusiasmar al posible lector, que si bien existe una Grecia definitivamente cancelada; si bien lo griego es un ámbito que apenas es posible atisbar; si bien esa forma de mirar el mundo se ha per-

RESEÑAS

dido, aún nos queda su luz, que se derrama sobre un mundo fragmentado y otorga sentido y cohesión: “Lo fragmentario desapareció. Las medidas y referencias espaciales se concentraron en un único lugar. Su poder congregante comenzó a actuar. Un brillo inconcebible dejó en suspenso todo el edificio...”

MAURICIO LÓPEZ NORIEGA

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México